

EL EPODO II DE HORACIO

I

El segundo epodo de Horacio es una de las composiciones más conocidas del poeta. Ya lo fue en la antigüedad. Los gramáticos empleaban su primer verso como módulo para explicar, de modo fácil y práctico, la formación de otros metros¹. Más tarde contribuyeron a difundirlo las paráfrasis, traducciones e imitaciones de que fue objeto.

La nota más llamativa de este poema es su final imprevisto. Una hermosa descripción de la vida campesina que el lector no advertido toma por expresión de los sentimientos del poeta, se revela al final, en los últimos cuatro versos, como la confidencia lírica de un prestamista que, hartado de la mezquindad de su oficio, sueña con la libertad y la paz de la vida de campo. Después de los 66 primeros versos, Horacio interrumpe el desahogo del usurero, toma él la palabra y nos informa que aquél, a punto ya de convertirse en campesino, ha resuelto volver a su oficio y se dispone a cobrar los intereses de sus préstamos para invertirlos en nuevas operaciones en las próximas calendas.

El tema del epodo puede ser considerado como un caso particular, concreto, de la tendencia, natural en el hombre, que Horacio analiza también en la sátira I 1, 1-3:

Qui fit, Maecenas, ut nemo, quam sibi sortem
 seu ratio dederit seu fors obiecerit, illa
 contentus uiuat. .

La obra del poeta es, en gran parte, una amplia y sostenida meditación acerca del hombre y de sus tendencias y

1 E. Fraenkel, *Horace*, Oxford, 1957.

costumbres, tan contrarias generalmente a los dictados de la razón.

Habitualmente subraya Horacio la exposición teórica por medio de una comparación tomada de la vida real o con una referencia a algún personaje de poco relieve, conocido por determinado vicio o defecto. El caso singular fija y precisa con toda claridad el pensamiento del poeta.

Sin desconocer otras influencias, creo que también se puede señalar la de su padre. Horacio sigue y continúa el método con que éste le enseñaba moral, en forma práctica y concreta, valiéndose de los casos y ejemplos que le ofrecía la vida real:

... insuevit pater optimus hoc me
ut fugerem exemplis uitiorum quaeque notando (S. I. 4,
105).

Alfio, el usurero de este epodo, es uno de aquellos que, descontentos siempre de su suerte y condición, son incapaces de cambiar o de tratar de mejorarla aunque se les ofrezca la ocasión de hacerlo. A él, pues, podría dirigirle el poeta el reproche que dirige a los inconsecuentes, esclavos de sus costumbres y hábitos:

Quid statis? - Nolint. Atqui licet esse beatis (S. I 1, 19).

Tanto la sátira como el epodo son probablemente de la misma época². Lo cierto es que tienen temas comunes, los que por entonces preocupaban a Horacio. Este de la inconsecuencia y del poder del hábito lo trató en dos registros: en el del lirismo yámbico y en el de la meditación moral.

II

¿Dentro de qué género de los cultivados por Horacio podemos incluir este epodo? El contraste entre las dos partes

² Fraenkel, o. c.

en que se divide (1-66 y 67-70), profundizado por la desigual extensión de ambas, hace difícil advertir de inmediato el carácter fundamental del epodo y las intenciones del poeta.

¿Qué se propuso Horacio al unir en una misma composición una efusión lírica precisa y sentida con una escueta relación de carácter puramente informativo? ¿Compensar acaso con un rasgo de humor la expresión demasiado viva, a su juicio, de un sentimiento íntimo y personal³ o burlarse de quienes fingen entusiasmo que no sienten⁴, o simplemente divertirse un poco con la sorpresa del lector frente al cambio inesperado⁵, en particular, con la de Mecenas y sus amigos, cuya opinión era la única que le importaba?

. . . Quibus haec, sint qualiacumque
arridere velim (S. I 10, 88-89).

En la obra de Horacio, en menor medida que en la de Catulo, se advierte a veces o se adivina un trasfondo de alusiones y sobreentendidos cuya clave tenían los amigos del poeta; algunas piezas parecen respuesta o eco de lo conversado, discutido, o bromeado en sus reuniones.

Los últimos cuatro versos, cuatro líneas de prosa versificada, tienen efectivamente una intención satírica suficiente para construir un epigrama, pero no una sátira; le falta el demorado discurrir en torno a un tema y las alusiones que lo sazonan.

Tampoco dan pie para una invectiva tan exiguo número de versos y la desleída personalidad de Alfio. Olivier, reconociendo el carácter complejo del poema, lo define como un idilio que termina bruscamente con un rasgo satírico.

III

Alfio es el portavoz de Horacio; por su intermedio el poeta expresa, con mayor libertad, sus sentimientos íntimos que se mantuvieron constantes a través de los años.

³ Sellar, W. Y., *The roman poets of the augustean age*, Oxford, 1891.

⁴ Boissier, G., *Nuevos paseos arqueológicos* (trad. cast.), Madrid, Jorro, 1891.

⁵ Olivier, F., *Les épodes d'Horace*, Paris, Payot, 1917.

O rus quando ego te aspiciam (S. II 6, 60).

Rure ego uiuentem, tu dicis in urbe beatum (Ep. I 14, 10).

Este recurso, según Lachmann, lo tomó Horacio de Arquíloco (Frag. 22 Diehl⁶). No todos admiten esa influencia. Dentro de la tesis de Olivier según la cual el epodo está relacionado con Mecenas y con el don de la villa sabina, quedaría plenamente justificado el empleo de ese procedimiento que, como enseña Aristóteles en su *Retórica*⁷, sirve para expresar con libertad y discreción lo que es difícil de decir abiertamente.

Pero la imitación, si es que la hubo, está llevada a cabo de un modo personal acentuando la sorpresa y el contraste. Porque que un carpintero, como el de Arquíloco, manifieste su desdén por las riquezas del rey Giges está dentro de lo verosímil; pero que un prestamista dominado por el afán de dinero sueñe esta égloga de fresca y viva poesía está más allá de lo normalmente aceptable.

Años después Horacio vuelve a emplear este procedimiento en la Epíst. I 7. El poeta debe encontrar un equilibrio entre sus deberes de amigo y su amor por la independencia, tema que, dada su intimidad con Mecenas, presentaba muchos riesgos. Así, expresa su pensamiento por medio del apólogo del abogado Filipo y su protegido.

IV

El amor y el entusiasmo por la vida del campo son sentimientos profundamente arraigados en el alma de Horacio, pero echan sus raíces en una pasión muy honda por la libertad, por la independencia⁸. El campo es el lugar donde

⁶ Giarratano, C., *Q. Orazio Flacco, Il libro degli Epodi*, Torino, Paravia, 1930.

⁷ Aristóteles, *Retórica* (ed. y trad. cast. de Antonio Tovar), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1953.

⁸ Van Ooteghem, J., "Horace et l'indépendance", en *Latomus*, V, 1946, pp. 185-88.

Horacio puede vivir más auténticamente, más libre de las esclavitudes de la vida ciudadana.

Dejando a un lado los problemas de género, procedimientos poéticos, influencias, cabe preguntarse cuál fue la realidad que provocó y dio origen a este poema, qué se propuso al hacerlo, si no fue más que la necesidad íntima de expresarse, de objetivar un estado poético.

Las explicaciones son muchas. Si la naturaleza del poema y las intenciones de su creador fueron claras para los contemporáneos del poeta, no lo son ciertamente para sus exegetas, que se ven obligados a construir las más variadas hipótesis sin más fundamento que el mismo texto.

Giarratano enumera las principales. La tradicional, “la más simple y natural”, considera el epodo como una sátira contra Alfio, nombre que responde al parecer a un personaje real de la época. G. Curzio cree que el propósito de Horacio fue tratar, en otra forma, el mismo tema que desarrolla en la sátira I 1. Gruppe y Ammann leen “Albius” en lugar de “Alfius” y sostienen que el epodo va dirigido a Tibulo, el elegíaco amigo de Horacio. Para algunos la composición es una parodia del elogio de la vida campesina que en las *Geórgicas* hace Virgilio. A las hipótesis de Sellar y de Boissier ya nos hemos referido más arriba. Olivier, por último, supone que el poeta agradece a Mecenas el don de la villa sabina. Lo hace con la discreción que exigían las circunstancias; más tarde, en la sátira II 6 reiterará su agradecimiento en forma expresa y directa.

Esta es una tesis que no se basa en testimonios ni de Horacio ni de sus comentadores antiguos —lo mismo pasa con las demás— pero seduce porque da una explicación más amplia relacionando el epodo no sólo con los gustos sino también con las circunstancias de su vida, y resuelve además algunos de los problemas que presenta esta pieza.

Los estudiosos actuales de la obra de Horacio dan más importancia de la que se le daba antes al orden que mantienen las distintas composiciones. Este orden no es ni cronológico ni arbitrario: tiene un sentido.

Este nuevo punto de vista corrobora, a mi parecer, la tesis de Olivier. Con él los tres primeros epodos se convierten en tres momentos de una sola unidad. En su primera obra Horacio rinde un homenaje singular a Mecenas: celebra tres aspectos de su amistad.

El epodo primero expresa la "fides", condición esencial de la amistad que se manifiesta de un modo muy especial en los momentos difíciles por medio de la adhesión incondicional. El segundo epodo es un discreto y gozoso reconocimiento de la liberalidad de su amigo: nada hay que agrade más a un espíritu generoso que el conocer el aprecio y la estima que se hace de su don. Finalmente el epodo tercero nos revela la sencilla intimidad y confianza con que trataba Mecenas a sus amigos, "iocose Maecenas" (Ep. III 20).

Un tenue hilo enlaza a un epodo con el siguiente insinuando levemente el próximo tema. El epodo I termina con una referencia a las modestas ambiciones de Horacio ("satis superque me benignitas tua/ditavit"); el poeta promete no convertirse en un nuevo Chremes.

En el epodo II Alfio, un prestamista (género próximo del avaro), hace la descripción de la vida del campesino modesto. El campesino ideal gusta de los manjares sobrios y frugales, rechazando los exquisitos y delicados. En el epodo III refiere el poeta una anécdota relacionada precisamente con ese tema.

Olivier señala el contraste que ofrecen los versos 49-54 con el contorno en que se encuentran. Es así en efecto, pero en un elogio de la sobriedad no sorprende la mención de manjares exquisitos para rechazarlos; lo que llama la atención es el detalle con que se los enumera.

Si no fuera por el temor de construir una hipótesis sobre otra, vería en ello una alusión traviesa y cordial a los gustos sibaríticos de Mecenas, refinado "gourmet" y creador de algún plato de moda⁹. La intimidad y sencillez con que se trataban ambos amigos justificaría la osadía del poeta.

⁹ Plinio, *N. H.*, VIII 43, 167. Citado por Jean-Marie André, *Mécène. Essai de biographie spirituelle*, Paris, Les Belles Lettres, 1967.

Mecenas siguió la broma poniendo a prueba el entusiasmo de Horacio por la frugalidad: le hace servir una comida, preparada con ajo, capaz de conmover los "dura messorum ilia" (Ep. III 4).

V

Fraenkel cree que este epodo es contemporáneo, en cuanto a su composición, de la sátira I 1. La coincidencia en algunos temas es indicio de los problemas que, por entonces, preocupaban a Horacio: la inconsecuencia del común de las gentes, la vida desamparada y miserable de quien es esclavo del dinero: "non uxor, saluum te uolt, non filius; omnes uicini oderunt, noti, pueri atque puellae" (sát. I 1, 84-5). Cuando Alfio sueña con la apacible vida familiar, está pensando en el plano de la imaginación la dureza y el rigor de su vida real.

Este epodo nos presenta dos imágenes distintas de la vida campesina: la una individual, gozosa, descansada; la otra activa, familiar. ¿Se refiere a dos tipos de agricultor o a dos aspectos distintos de la vida del campo?

La primera parte refleja una vida de sosegado bienestar, un dulce fluir del tiempo. Es una visión deleitosa del campo: mieses, ganados, lejanos valles donde los animales pacen, los placeres de la caza en el invierno, y el sueño acompañado por el insistente murmullo del agua que corre saltando por el cauce del arroyo.

El cuadro de la segunda parte es distinto; en ella nos presenta el poeta al agricultor que trabaja personalmente su campo con esfuerzo y fatiga —"lassi sub aduentum uiri"—; al atardecer vuelve al hogar —mujer, hijos, siervos—, donde encuentra alivio en sus trabajos, gozo y paz para su espíritu.

En la primera parte Horacio nos muestra un campesino de "status" social y económico respetable: propietario, hijo de propietarios, libre de deudas e hipotecas, dueño de sus útiles de labranza, que posee campos, vides, árboles frutales, colmenas y montes de caza; en la segunda parte, la riqueza del

labrador es el trabajo, la vida en familia, el amor de los suyos y los numerosos esclavos nacidos en la casa (“ditis examen domus”).

Alfio ha soñado los sueños de Horacio, y los sueños no tienen otro límite que aquel que le imponen nuestros deseos. Los de Horacio en la vigilia eran más modestos: “satis superque me benignitas tua / ditauit” (Ep. I 31).

La expresión tensa y viva, el contorno limpio y preciso de cada cuadro muestran una materia largamente elaborada en la meditación, un gozo repetidamente renovado por obra de la fantasía.

Las dos imágenes, ligeramente distintas, de la vida campesina pueden tener, a mi juicio, una explicación más ajustada. En realidad el epodo es de inspiración epicúrea. Epicúreos fueron Horacio y Mecenas, aunque no de estricta observancia; y el agricultor del epodo es “beatus” porque realiza plenamente el ideal epicúreo: vida oculta, lejos del tumulto y la agitación, de la ambición y las pasiones, poniendo, con la ofrenda a Priapo y Silvano, una nota de la aséptica religiosidad epicúrea.

Por medio de la figura retórica de la “gradatio”, presenta ese ideal realizado en dos niveles: en el primero aparece el ideal epicúreo objetivado en una vida libre de las pasiones que operan en círculos más restringidos: “neque excitatur classico miles truci/ nec horret iratum mare/ forumque uitat et superba ciuium/ potentiorum limina”.

En la segunda parte alcanza el clímax refiriéndose a la pasión más universal y más funesta: “quis non malarum quas amor curas habet/ haec inter obliuiscitur”, la pasión que Lucrecio llamó “ulcus”, “furor”, “aerumna” (*De rerum natura*, IV 1068-9).

VII

La relación del epodo con las *Geórgicas*, en particular con la última parte del libro II, es, sin lugar a dudas, evidente, a

pesar del extraño juicio de Lachmann, "Virgilianorum carminum in illo epodo nullam litteram agnosco"¹⁰. Según Fraenkel, esta correspondencia ha sido repetidamente señalada.

Las coincidencias surgen a la simple lectura. Coinciden la intención de ambos poetas, las palabras, las expresiones, aunque algunas de ellas son tópicos comunes del género.

Para confirmar esta observación podemos añadir que no sólo existe coincidencia en los elementos expresivos sino además en la composición. También en Virgilio podemos distinguir dos partes, aunque no tan marcadamente separadas como en Horacio.

En éste se contraponen dos grupos de pasiones según su peligrosidad; en Virgilio se enfrentan dos tipos de conocimiento: el del mundo visible y sus causas ("felix qui potuit rerum cognoscere causas") y el conocimiento superior del mundo invisible ("fortunatus et ille deos qui nouit agrestes").

El primero es el conocimiento científico, la explicación racional del universo, la que intentó Lucrecio; el segundo es el reconocimiento del mundo divino, de los seres divinos que conviven con los habitantes del campo. Este es además la morada de la virtud, de la honradez ("nescia fallere uita"), nota esta que no aparece en Horacio.

Horacio ve la naturaleza como un maravilloso espectáculo, goce de los sentidos; en su seno se puede llevar la vida serena y tranquila del epicúreo perfecto. Toma de la realidad pequeños cuadros y los une con el hilo de su fantasía formando una imagen de fuerte relieve en la que con ajustada tensión el color, el ritmo y la forma se equilibran. Se mantiene dentro del campo propio de los sentidos y la inteligencia.

¹⁰ Edición de Orelli, t. I, 1850, "Excursus ad Epod. II".

Virgilio posee una aguda percepción del misterio que envuelve al universo. Su agricultor trabaja en íntima unión con los dioses que gobiernan el mundo. Su verso funde en concertada armonía elementos diversos: tradiciones, mitos, leyendas rústicas, historia, junto con primores y refinamientos alejandrinos.

FRANCISCO NÓVOA
(Universidad Católica Argentina)